

# SONABA EL CONCIERTO DE ARANJUEZ.

*Mertxe Carneiro Bello*



Y era un retornar al Aranjuez de aquella extraña primavera de 1991. Un retroceder abrupto e impetuoso, casi violento; como agua oscura despeñándose por laderas que modularan los nerviosos rasgueos de la guitarra. Ni siquiera el *pianissimo* de los contrabajos servía para atenuar la caída porque, muy al contrario, no hacía sino apresurarla con sus notas compulsivas.

El Re mayor predominante infería al reencuentro una impronta de impaciencia, de ansias por huir del presente.

Su cabeza se había convertido en cauce que transitara un tumultuoso Tajo de recuerdos; y en el insistente fluir de imágenes, de escenas, de imágenes y escenas en jardines polvorientos que proclamaban su sed a los pies de las fuentes apagadas, se sentía dividir en dos mitades: la una, trabajando arduamente desde la orilla para poner diques a la enloquecida corriente del pasado; y la otra, justo enfrente, abatiéndolos con sañudo alborozo.

A medida que la voz de la guitarra se intensificaba, los sueños, en perfecta catarsis, crecían también. Y así, lo mismo que una vorágine, se le presentaron aquel atribulado cielo de Aranjuez, ora tumultuoso ora desierto pero siempre abrasador; y los jardines -de nuevo los jardines- en cuyo seno de flores desoladas yacía cataléptico el invierno. Tuvo miedo y cerró los ojos, con fuerza, con desesperación, pretendiendo que la puerta de su memoria se cerrara también. Pero fue inútil. Aranjuez, el Aranjuez sofocante y crepuscular que había conocido siguió en su retina como una silueta maléfica e indestructible.

En una vertiginosa escala descendente, la guitarra fue abordada por la cuerda, y luego toda la orquesta se puso a remedar el preludio.

Se vio de nuevo en los prados que presidía la fachada amable y campesina del Palacio Real. Y ocurrió, por fin, que el temido paisaje le mostrara lo que aún temía más. Fundidas sobre el césped que circundaba el palacio estaban sus sombras -la suya

y aquella otra que tanto había querido-, pero ya a un paso de la ausencia, a un suspiro del adiós.

Violines. Algarabía de fantasmas y violines: Aranjuez, despiadado, le acercaba su vega exhausta, ahogada de polen, multitudinaria de insectos; los senderos atormentados por el calor y el polvo; los surtidores que, silentes, mostraban un obscuro burbujeo de musgo en sus caños herrumbrosos. Le mostraba, en suma, la suciedad extrema de las cosas que se van muriendo insensiblemente en sí mismas.

Avanzaba el concierto y seguían abriéndose infinitos caminos en su memoria. Re mayor, La mayor, La menor... Segundo tema, y el río. El río era serpiente inacabable de policromías imposibles, festival de rumores disonantes; impúdico, alevoso profanador de riveras frecuentadas por pájaros borrachos de corriente. Recordó que lo había observado con esa obligada, cansina y estúpida curiosidad del turista al que, en el fondo, nada interesa. Recordó a los patos, ridículos depredadores acuáticos, buceando trabajosamente para no obtener nada. Y recordó que se había puesto repentinamente a llover.

Pero, iniciado el *adagio*, todo cambió. Los suaves arpeggiados de la guitarra vinieron a remansar su evocación. Le pareció que el alma aprovechaba los ondulantes acordes para descender, planeando, de los atormentados parajes del aire en donde había sido hoja vapuleada por la tormenta del recuerdo. Ahora se le aquietaba acurrucándose y dejándose mecer, agotada, entre las sugerentes armonías. Y cuando, herido y nostálgico, el corno inglés comenzó a recitar su serena amargura, la encontró adormecida, casi libre. Inalcanzable para sus demonios.

Otra vez cerró los ojos pero esta vez con otros objetivos. Lo hizo como quien corre las cortinas para que la luz no venga a perturbar su descanso.

Entretanto, la guitarra envidiosa y apasionada replicaba melismáticamente al corno.

Ahora ya era capaz, sin sobresaltos, de evocar con toda nitidez aquel rostro, de oír aquella voz y de sentir toda la fuerza de su presencia. Ahora, cuando el *tutti* orquestal se adueñaba del espacio, volvía a vibrar con el calor rememorado de aquellas manos que en algún instante del pasado había sido aladas amigas. Ahora volvía a ser desvaída, indefiniblemente feliz.

Al llegar las notas del *allegro gentile* le encontraron en paz. Su mitad sensata e ingeniera había logrado que los diques fraguaran sólidamente haciendo casi enmudecer al río, que pasaba ahora con mansedumbre. Sólo agua, nada más que agua desprovista ya de fragores incómodos.

La guitarra, única e inmensa protagonista del concierto se rindió. *Pianissimo de pizzicati*.

Silencio.

En el arco de su memoria quedó enganchado un leve acorde del ayer. Apenas nada. El eco lejanísimo y aún ácido de unas palabras. Nada importante ya. Pero, por si acaso, sus dedos ejecutaron en el aire enmudecido un último y simbólico *pizzicato*.

Silencio.

